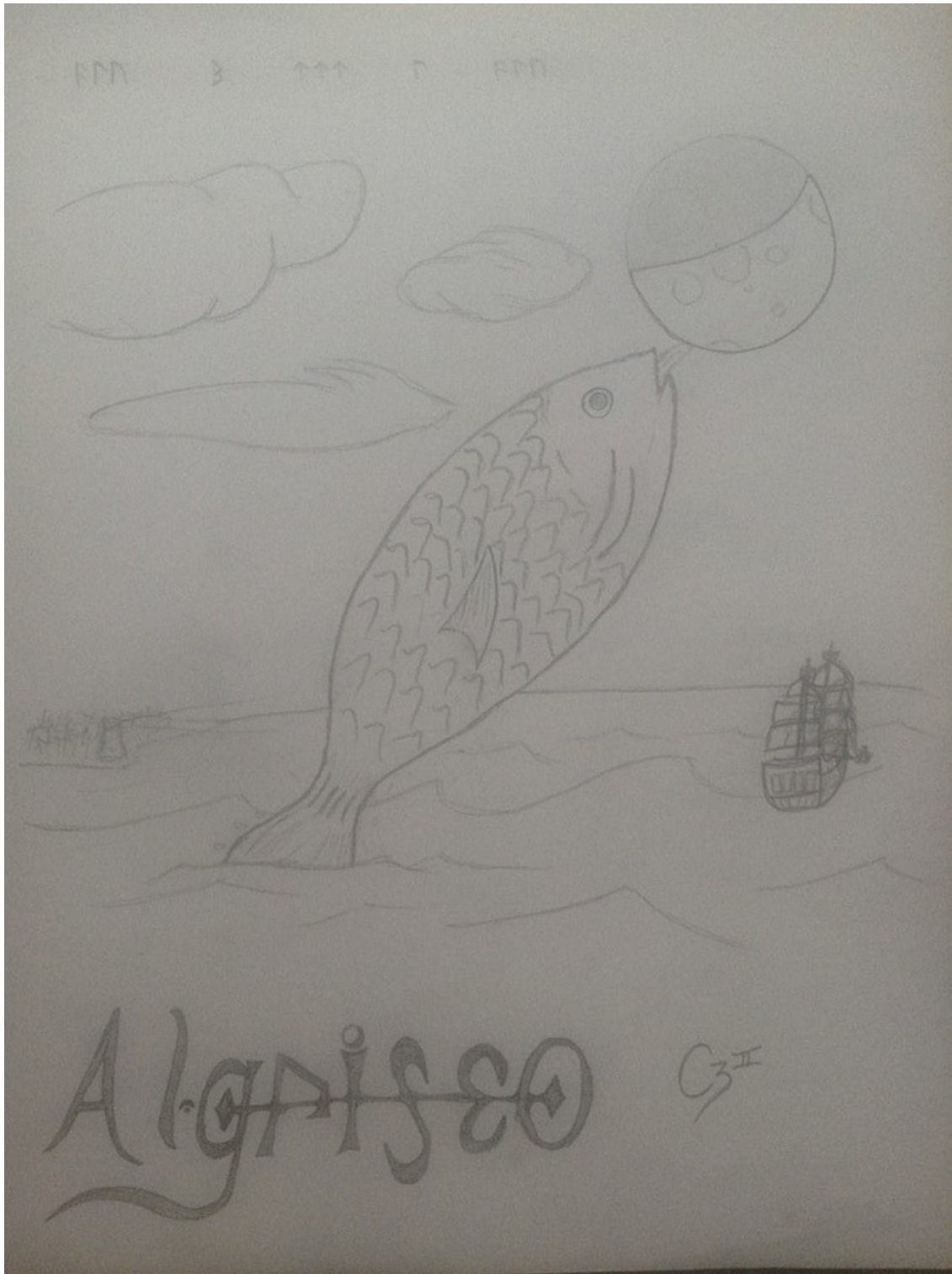


Cuando los peces lamieron la luna

Algriseo



Capítulo 1

Cuando los peces lamieron la luna.

Con su pipa en la boca, su traje negro profundo, sus sombrero de copa y su galantería. Así se encontraba al viejo Antonio Castaño sentado en el zaguán de su casa. Un anciano que ya rondaba por la octava década, pero que a su edad no había tenido el primer incidente de incontinencia urinaria. Su traje de gabán resaltaba con la madera de roble de la que estaban hechos todos los pisos de la casona desde principios del siglo pasado, su hija Alicia y la hija de su hija angelita, es decir su nieta, eran sus acompañantes eternas en aquella edad en donde el alma lo único que necesita es compañía. El viejo Antonio o Toñito como le decían de cariño sus allegados desde la época en la que su esposa, doña Lucrecia de Jesús y Santos murió —por aquel tiempo cuando sus piernas perdieron la capacidad motriz—, andaba en una silla de ruedas casi tan vieja como él y tenía una espléndida biblioteca llena de los libros de escritores que solo el recuerda en el pueblo, y de discos de vinilo antiquísimos grabados con pasillos y bambucos de la buena era de la música andina, olvidada en el baúl de los recuerdos del país. El pasatiempo preferido del viejo, era acomodarse en su silla de ruedas frente a la calle principal del pueblo en el pórtico de su casa, y mientras el mayordomo Armando desempolvaba discos en la vieja radiola, jugueteaba con el pasador de olivino prendido a su corbata o esperaba con ansias la comida que preparaba su hija, el ajiaco que tanto le gustaba. Era una tarde de la época de lluvias en el paralelo cero, donde el pueblo se encontraba ubicado. Un sitio olvidado, con una plaza enorme al estilo colonial donde habían encajado tres estatuas de yeso elaboradas ni se sabe cuándo, todas de próceres de la independencia, las dos primeras de los gemelos guerrilleros nativos de allí y la tercera del Libertador. El sol arreciaba como de costumbre, los cultivos de maíz sabanero se morían en su penuria pues la lluvia no arribaba por allí desde el siglo pasado y la pesca en el Rio Grande cada vez era peor por causa de la minería de oro en los páramos altos donde nace el rio y en donde se sembraba, pero ya no se siembra la papa.

—Mija, cierre las ventanas de la biblioteca ¡caray!, que va a llover hasta que los bocachicos toquen la luna—, le gritó Toño a su hija, pues se acercaba una colmena de nubes grises, en el gris horizonte andino.

Alicia cumplió la orden de su padre. Y como si fuera un presagio del destino o un decreto de magia, las gotas empezaron a caer sobre los techos de cinc y barro, y las más grandes se desperdigaban en gotas más pequeñas que mojaban a las señoras de vestidos largos de flores, que a esa hora del medio día compraban sus guarniciones en la plaza vieja. Si bien caía demasiada agua, esta lluvia era de distinto carácter, las casas de todo el pueblo se mecían y se estrujaban tanto, que parecía que el fin del mundo estuviera próximo. Todos se percataron de la borrasca que bajaba

por las calles; todos, menos el viejo Toño que creyó que el vaivén era uno más de los escoyos de la tardía andropausia y el beriberi de sus delirios. Los ríos que parecían de agua y lodo, pero que en realidad eran de peces, entraron sin previo aviso y avanzaron como un ciclón por las calles del pueblo. Todos corrían despavoridos, y el único que no pudo correr por su incapacidad motriz y porque no se alertó del desastre, fue el viejo Antonio. La rumazón de peces pasó sin consideración de nadie por la calle principal, y causando entre otros desastres, la borrasca levanto a Antonio sin que Armando el mayordomo pudiera atajarlo para que la madre no se lo llevara.

—¡Alicia!, ¡Armando!, ¡párenme caray que ahora si me llevó el putas!—, gritaba el viejo mientras se confundía entre el mar de mojarras y truchas.

Después de buscarlo debajo de todas las piedras arrastradas por la corriente, Armando encontró al viejo calles abajo tirado contra un muro a medio sostener, con una piedra en la mano golpeando una lata que había corrido su misma suerte de rodar por entre la muchedumbre de peces, con el objetivo de llamar la atención de algún alma caritativa que lo sacara de la poceta en que quedó con su silla de ruedas colgada por el cuello. Armando lo auxilió y lo rescató del pozo en el que se encontraba vuelto de cabeza. Si no murió por el desastre, fue porque participó como clavadista en los Juegos Olímpicos de Helsinki del siglo pasado, y sabía nadar a la perfección aún a pesar de su condición física. Llegaron a casa en una chalupa recién diseñada para sortear las escamas de los ríos de peces en que se convirtieron las calles, donde Alicia y Angelita recibieron a Toño con las lágrimas desbordantes por las cuencas de sus ojos y con un sancocho valluno de esos que pocas veces se ven por allí. Todo el vecindario del pueblo tuvo que amordazar puertas y ventanas con parales de madera en las primeras plantas de las casas, para que los peces abundantes y agolpados por los caminos coloniales y recién hechos, no entraran a estropear los pisos y paredes de mármol, cartón o madera. La borrasca no le dio tiempo a Alicia de hacer lo propio en la casa del Viejo, ya que de aquellas tareas se encargaba Armando quien en ese momento se encontraba sorteando entre mojarras la búsqueda de Toño. Todo con tan mala suerte y ruina, que las pirañas del caribe llegaron hasta los estantes de la biblioteca y acabaron con los libros de la caudalosa y preciada biblioteca del viejo, desde los escritos de ciencia hasta los más antiguos de magia y conjuros. Solo sobrevivieron al desastre, aquellos de superación personal que hasta los peces aborrecen, y que el viejo solo tenía por la simple obsesión de poseer la colección más amplia del pueblo. Toño se pegó un merecido baño, pues el tufo a muladar le salía hasta de los tuétanos. Él no sufrió más que un par de rasguños y la pérdida del prendedor de olivino, que a esa edad cuando el alma de viejo a veces es de niño era su juguete favorito, y que había comprado en París después

de la reyerta del cincuenta y ocho.

La lluvia de peces no cesaba, las ventanas y puertas del primer piso de la casona del viejo ya habían sido selladas, y él, sufriendo por la pérdida de su preciada colección de discos y libros, envió una solicitud a la capital con el objetivo de recuperar su biblioteca tal cual estaba antes de que la madre cargara con ella. Así que invirtió los ahorros de la pensión de toda su vida, pensión que le había sido reconocida por el estado, no por su desempeño como clavadista olímpico, sino por la de antiguo veterano de la Guerra de Corea a donde tan solo fue por una casualidad y donde a las tropas del país les <<partieron el coco>> decía él y por supuesto que lo detestaba. La tropa de mensajería con los libros y discos encargados llegó a la casa del viejo en veinte chalupas dos semanas después, todas a imitación de góndolas y cargadas hasta el tope, la caravana descargó su mercancía en el balcón de la casona del viejo que se había convertido en el nuevo pórtico y el nuevo zaguán donde el viejo permanecía fumando pipa y esperando el día en que su colección y toda su vida fuera repuesta. El eterno diluvio de pescados ya llevaba diez arcos iris de escamas y tres meses asolando al pueblo. Los más afectados fueron los pescadores, pues ya no se necesitaba de ellos, tan solo era cuestión de estirar una horqueta por la rendija de las ventanas tapiadas de los primeros pisos, que ahora cumplían la función de sótanos, y las truchas y mojarras quedaban insertadas en los punzones del artilugio recién inventado, hasta los niños jugaban pescando con él. La comida nunca faltó por aquellos días. Los antiguos pescadores ahora tenían la profesión de rescata-pertenencias, se dedicaban a pescar con sus mallas y cañas los bienes de personas a las que los ríos de pescados les arrastraron sus gracias, muebles y cortinas. Aquella lluvia que comenzó el trece de mayo, día de la virgen de los "aténganse señores", parecía no cesar. El fenómeno fue sensación mundial y el pueblo se ganó el apelativo de "La Venecia de los Peces", tanto fue el revoleo, que ya parecía tener su propia plaza de San Marcos, donde se vendía más que cualquier cosa, jabón de yerba buena fabricado en China, y sus propias góndolas que remplazaron los carruajes como medio de transporte, y que sorteaban el mar de escamas y pescados con la agilidad de una lancha motorizada.

Por los días en que las multinacionales de pescadería de todo el mundo llegaron a poner sus bodegas y fábricas en el pueblo, el viejo Antonio comenzó a sentir que su vida se le acababa, que su corazón dejaría de funcionar algún pronto día y que sus artejos se diluían en el sopor del olor pestilente al que todos se acostumbraron a oler y soportar. No quería alarmar a Alicia su hija quien estaba en cinta ya de seis meses y por causa de un empresario europeo que llegó al pueblo, y mucho menos a su nieta a quien no quería decepcionar y a quien amaba tanto. Armando abandonó su oficio de mayordomo de la casona del viejo, pues fue enmarañado por una empresa de pescadería norteamericana y resultó de campesino casi esclavo de un hacendado de Carolina del Sur, cogiendo algodón en las grandes praderas algodoneras del siglo pasado. Toño se

sintió más solo y abandonado que nunca. Una noche de luna llena, su nieta le llevaba un plato de ajiaco hasta el balcón-vestíbulo y notó, más horrorizado que el horror, que en el costado de su infantil pecho nacían unas agallas, entonces quedó estupefacto al ver cómo había perdido la nariz su nietecita. La pobre Angelita, ise convertía en un pez! No era un efecto de la demencia senil, efectivamente así era. El fenómeno no solo le sucedió a la pequeña, todos los niños del pueblo empezaron a mutar pues les había afectado estar siempre entre tantos peces, tanto así fue la noticia y la sorpresa que trajeron a los mejores médicos de todo el mundo, y después de dos meses sin una cura definida proclamaron en un juicio conjunto que era algo irreversible y que era criarlos así o darles muerte, el pueblo resignado aceptó tener sus hijos con las mutaciones que cada vez empeoraban. Con el tiempo todos se acostumbraron e instalaron en sus casas grandes peceras en donde los niños entraban a jugar después de las clases del colegio. El único que nunca se conformó fue el viejo Antonio, que refugiado entre sus libros se convirtió en un experto en medicina y anatomía anfibia, aún no se resignaba a encontrarle cura al extraño suceso.

La vida fue pasando, y a lo largo del tiempo después de que el sumo Pontífice y la Reina de Inglaterra hubiesen visitado el pueblo, Toño se fijó que los niveles de los ríos de peces habían descendido por segunda vez, debido a la voraz extracción que se había hecho del insumo, pues casi que allí quedaba la única fuente de pescado para abastecer al mundo entero. La primera vez fue cuando cesó el torrencial de peces momentáneamente, cuando Moby-Dick la gran ballena blanca, quedó emplazada en el río arrastrada desde el océano hasta la playa del Rio Grande. La vida para Toño fue más difícil, y las mutaciones continuaban, ya no solo eran los niños del pueblo sino también los adultos, a los que además de agallas y escamas les salieron aletas inferiores y advérsales. El viejo en su desesperación, dejó de comer y de asearse pues se la pasaba en sus últimos días aún más empeñado en conocer el secreto de la cura definitiva, cuando ello, Alicia su hija ya no caminaba sino que aleteaba, y su hijo recién nacido parecía más que un humano un renacuajo pusilánime y bello. Cuando el pescado se acabó en el pueblo y los árboles y adoquines antiguos salieron de nuevo a la luz, Antonio ya en su último suspiro de vida, un poco resignado y babeante sobre sus libros; no supo qué hacer cuando mirando desde el balcón a los niños jugar con los peces, noto en sus pies descalzos como le nacían escamas de los dedos y las uñas, viviría sus últimas noches sumiso y dócil junto a las gentes míticas que ahora habitaban el pueblo, que parecían como sacadas de las historias de La Atlántida. Las multinacionales pesqueras se fueron para jamás volver pues ya se había ido para ellas la época de la bonanza, los antiguos perros callejeros volvieron a habitar los trapos sucios tirados en las calles, las góndolas fueron abandonadas y deshuesadas, las ventanas fueron destapiadas y Antonio, el viejo Antonio, no viviría para contar lo que descubrió en sus libros de magia celtica antigua, la cura al fenómeno que llegaba muy tarde, para que en medio de su mutación inconclusa no

viera más la luz en este mundo de locos y peces, y muriera por culpa de una pena de tragedia con su pipa en la boca, su traje negro profundo, sus sombrero de copa y su galantería, con la añadidura de las escamas en sus pies y las agallas pálidas y de tiburón viejo, recién nacidas en su pecho.

Al-griseo[2015]